

¿Ha Sido un Triunfo Racial?

por Sebastián Salazar Bondy *LP 10/02/1958 12*

En el entusiasmo que provocara, en una orilla y otra del hemisferio, el triunfo del equipo del Brasil en el Campeonato Mundial de Fútbol, no uno sino varios comentaristas celebraron el suceso como "un triunfo de la raza latina". Ahora que los ánimos están calmados, que el éxito está siendo asimilado, que la alegría se torna consciencia de la superioridad deportiva del Brasil, en lo que al balompié se refiere, sobre el resto del mundo, hay que meditar sobre ese concepto de "raza latina" tan ardorosamente emitido por los más exaltados exégetas del cuadro del gran país vecino. Es casi seguro que si a un francés, un español o un italiano de vieja cepa latina le dijeran que Vavá o Pelé, por ejemplo, pertenecen a su raza, son como el latinos, se mostraría enormemente sorprendido. Lo mismo pasaría si a un antropólogo le propusieran las figuras de un quechua, de un vasco, de un carioica, de un catalán y de un maya como de miembros de la misma comunidad racial que cualesquiera de los hábiles goleadores del famoso "scracht". Según el concepto que abarca la expresión "raza latina", vertida a propósito del triunfo brasileño, todas esas nacionalidades —y otras más aún, como los gitanos del Sacromonte y los habitantes de Bucarest— se integran en una sola familia. La falacia es evidente.

Toynbee ha deshecho prácticamente el concepto de raza. Otros tratadistas, antes y después del notable estudio inglés de la historia, han pulverizado las argumentaciones de los racistas, desde Gobineau hasta Rosenberg. La idea de raza —y, por cierto, la de la superioridad de una raza sobre otra— está científicamente desprestigiada. Sin embargo, en el lenguaje cotidiano usamos con demasiada

frecuencia dicha palabra, y reducimos así muchos problemas atribuyéndolos a la coloración de la piel, al tono del cabello, a la forma del cráneo, etc., datos morfológicos que nada tienen que ver con la verdadera índole de ciertos éxitos o ciertos fracasos, de ciertas virtudes o ciertos defectos. Si en



Europa o los Estados Unidos — países de inmensa proporción de gente de tez blanca— hablar de razas puras, o simplemente de razas, es absurdo. ¿qué se puede decir de Latinoamérica? El empleo aquí de esta especificación está determinado simplemente por ignorancia, pereza o malintención.

Somos los latinoamericanos (y este nombre señala más bien los habitantes del vastísimo territorio que va de Río Grande al Cabo de Hornos) el producto de una mezcla compleja de nacionalidades y culturas. En cualquier calle de Caracas, Río o Tegucigalpa, podemos ver el paso de individuos que, evidentemente, descienden de originarios de Europa, Asia, Africa y el resto del orbe. Ni siquiera podemos hablar de un predominio de la

contribución hispánica, pues si en México, Colombia y el Perú hay —en las ciudades— una leve ventaja de los apellidos españoles, en Buenos Aires, Montevideo y Santiago prevalecen los nombres italianos, alemanes o yugoeslavos. No contemos con la gran masa indígena (¿"raza latina" también?), ni con los núcleos negros, ni con las islas humanas chino-japonesas, para este balance en que los puritos raciales salen mal parados. Nuestro orgullo debiera residir, precisamente, en que aquí, como nunca en ningún otro conglomerado, la raza es lo de menos, la raza no existe. Es absurdo que en muchas declaraciones se exija incluir, para calificar a un ciudadano, la bendita raza, rubro que, en general, se llena con la palabra "mestizo", que quiere decir, en suma, no raza. Revisemos nuestros árboles genealógicos y veremos que, como decía Palma, gran burlón de los prejuicios, el que no tiene de inga tiene de mandinga. Vale decir, somos universales, babélicos.

Que lo que se dijo era un triunfo de la "raza latina", es un triunfo de la "cultura latina", es otra falacia que convendría refutar. Pero no hay espacio. Valga afirmar que el éxito del equipo brasileño, como cualquier éxito de un pueblo, en el orden del deporte como en el de la técnica, el arte, el pensamiento o el trabajo, ha sido fruto de la disciplina, de la preparación, del entrenamiento, del dominio de los secretos de una actividad. Lo celebramos como nuestro porque el pueblo brasileño y el peruano son, a la postre, el mismo, habitan un territorio y viven una historia que les es común, eternamente común, y que ello regocija como regocija la dicha de un hermano a toda la familia que se cobija bajo el mismo techo y tiene una idéntica esperanza.